

En el principio

ÉL recordaba una sensación de sorpresa, y después una caída, pero eso era todo. Después, se limitó a esperar.

Esperó mucho tiempo, pero no le costaba nada, porque la memoria no existía y nada había chillado todavía. Por lo tanto, ÉL no sabía que estaba esperando. En aquel momento, no sabía nada. ÉL simplemente existía, sin posibilidad de medir el tiempo, sin posibilidad ni siquiera de engendrar la idea del tiempo.

De modo que esperó, y observó. Al principio, no había gran cosa que ver: fuego, piedras. Agua y, por fin, pequeñas cosas que se arrastraban, que empezaron a cambiar y aumentaron de tamaño al cabo de un tiempo. No hacían gran cosa, salvo comerse mutuamente y reproducirse. Pero no había nada con lo que compararlos, de modo que durante un tiempo eso fue suficiente.

El tiempo transcurrió. ÉL vio que las cosas grandes y las pequeñas se mataban y devoraban mutuamente sin propósito alguno. Mirar eso no proporcionaba un verdadero goce, pues no había nada más que hacer y había muchas más cosas. Pero daba la impresión de que ÉL no podía más que mirar. Así que empezó a preguntarse: ¿por qué estoy mirando esto?

ÉL no descubría la menor lógica en todo lo que ocurría, y no podía hacer nada al respecto, pero allí estaba, observando. ÉL reflexionó sobre el problema durante mucho tiempo, pero no llegó a ninguna conclusión. Aún no había forma de meditarlo a fondo. La idea de un propósito aún no existía. Sólo existían ÉL y ellos.

Había muchos, y cada vez más, ocupados en matar, comer y copular. Pero sólo había un ÉL, y no hacía ninguna de estas cosas, de modo que ÉL empezó a preguntarse el motivo. ¿Por qué ÉL era diferente? ¿Por qué era tan diferente de todo lo demás? ¿Qué era ÉL? Y si era algo, ¿debía hacer algo también?

Transcurrió más tiempo. Las incontables cosas que se arrastraban

fueron aumentando de tamaño y mejorando las técnicas de matarse mutuamente. Interesante al principio, pero sólo debido a las sutiles diferencias. Se arrastraban, saltaban y reptaban para matarse mutuamente. De hecho, una de ellas hasta voló por los aires para matar. Muy interesante, pero... ¿y qué?

ÉL empezó a sentirse incómodo con todo esto. ¿Cuál era el objetivo? ¿Debía participar en lo que presenciaba? Y si no, ¿por qué estaba observando?

ÉL decidió descubrir la razón de su presencia, fuera cual fuera. Por lo tanto, cuando estudiaba las cosas grandes y las pequeñas, estudiaba en qué era diferente de ellas. Todas las demás cosas necesitaban comer y beber, de lo contrario morían. Y aunque comieran y bebieran, al final también morían. ÉL no moría. Existía y existía. No necesitaba comer ni beber. Pero poco a poco, ÉL tomó conciencia de que necesitaba... algo, pero ¿qué? Intuía que existía una necesidad, y que la necesidad era cada vez más imperiosa, pero no sabía cuál era. Sólo ese presentimiento de que algo faltaba.

No llegaron respuestas, a medida que eones de grupos de escamas y nidadas de huevos desfilaban. Matar y comer, matar y comer. ¿Cuál es el objetivo? ¿Por qué he de presenciar todo esto sin poder hacer nada al respecto? ÉL empezó a sentirse un poco amargado por todo cuanto acontecía.

Y de repente, un día se le ocurrió una nueva idea: ¿de dónde vengo?

Había deducido hacía mucho tiempo que los huevos de los que surgían los demás eran producto de la copulación. Pero ÉL no había salido de un huevo. Nada había copulado para crearlo. No había nada capaz de copular cuando ÉL cobró conciencia. ÉL había sido lo primero en existir, al parecer desde siempre, salvo por aquel recuerdo vago e inquietante de caer. Pero todo lo demás había salido de un huevo o nacido. ÉL no. Y con este pensamiento, dio la impresión de que la muralla entre ÉL y los demás aumentaba de altura, hasta alcanzar proporciones imposibles, separándolo de ellos por completo y para siempre. ÉL estaba solo, completamente solo para siempre, y eso era doloroso. ÉL quería integrarse en algo. Sólo existía un ÉL. ¿No existiría alguna forma de que ÉL copulara también y creara otros seres a su imagen y semejanza?

Y aquel pensamiento, MÁS COMO ÉL, se le empezó a antojar infinitamente más importante. Todo el mundo creaba más. ÉL también quería crear más.

Sufría, viendo las cosas estúpidas con sus vidas irritantes y bulliciosas. Su resentimiento aumentó, se transformó en ira, y por fin la ira se convirtió en rabia hacia las cosas estúpidas y absurdas, y su existencia incesante, eterna, insultante. Y la rabia aumentó y se enconó, hasta que un día ÉL no pudo soportarlo más. Sin detenerse a pensar lo que estaba haciendo, se levantó y se acercó a uno de los lagartos, con el deseo de aplastarlo. Y ocurrió algo maravilloso.

ÉL estaba dentro del lagarto.

Veía lo que veía el lagarto, sentía lo que sentía el otro.

Durante mucho tiempo, ÉL olvidó la rabia por completo.

Por lo visto, el lagarto no se daba cuenta de que tenía un pasajero. Se dedicaba a matar y copular, y ÉL lo acompañaba. Era muy interesante encontrarse a bordo cuando el lagarto mataba a uno de los más pequeños. A modo de experimento, ÉL se trasladó a uno de los pequeños. Estar en el que mataba era mucho más divertido, pero no lo suficiente para engendrar alguna idea útil. Estar en el que moría era muy interesante e inspiraba algunas ideas, pero no muy felices.

ÉL disfrutó de estas experiencias durante un tiempo. Pero aunque podía sentir sus sencillas emociones, nunca traspasaban el límite de la confusión. Aún no reparaban en él, no tenían idea de que... Bien, no tenían ninguna idea. No parecían capaces de tener ninguna idea. Eran muy limitados, pero estaban vivos. Tenían vida y no lo sabían, no sabían qué hacer con ella. No parecía justo. ÉL no tardó en volver a aburrirse, y su rabia aumentó de nuevo.

Y por fin, un día, empezaron a aparecer las cosas mono. Al principio, no parecían gran cosa. Eran pequeños, cobardes y ruidosos. Pero una diminuta diferencia llamó por fin la atención de ÉL: tenían manos que les permitían hacer cosas asombrosas. ÉL vio que tomaban conciencia por fin de sus manos, y que empezaban a utilizarlas. Las usaban para una gran variedad de cosas nuevas: masturbarse, mutilarse mutuamente y arrebatar la comida a los más pequeños de su especie.

ÉL estaba fascinado y miró con más atención. Los veía atacarse mutuamente, para luego correr a esconderse. Los veía robarse mutuamente, pero sólo cuando nadie estaba mirando. Los veía hacerse cosas horribles mutuamente, y después fingir que no había pasado nada. Y mientras ÉL miraba, por primera vez ocurrió algo maravilloso: rió.

Y mientras reía, nació un pensamiento, y adquirió nitidez envuelto en regocijo.

ÉL pensó: puedo sacarle provecho a esto.

1

¿Qué clase de luna es ésta? No es la luna brillante y reluciente de una felicidad que acuchilla, de ninguna manera. Sí, atrae y gime y refulge, en una imitación pobre y barata de lo que debería hacer, pero carece de filo. Esta luna carece de viento que lance a los carnívoros a surcar el alegre cielo nocturno hacia el éxtasis del cuchillo y el hacha. En cambio, esta luna destella con timidez a través de la ventana inmaculada, baña a una mujer sentada, alegre y risueña, en el borde del sofá, que habla de flores, canapés y París.

¿París?

Sí, con seriedad lunática, está hablando de París con ese tono acaramelado insultante. Está hablando de París. Otra vez.

Con lo cual, ¿qué clase de luna puede ser ésta, con su sonrisa casi sin aliento y ribeteada de alegre encaje? Bate débilmente contra la ventana, pero no logra abrirse paso a través de este almibarado parloteo. ¿Y qué Oscuro Vengador podría sentarse al otro lado de la sala, como hace en este momento el pobre y aturdido Dexter, que finge escuchar bañado por la luz de la luna en su silla? Claro, esta luna debe de ser una luna de miel, desplegando su estandarte marital sobre la sala de estar, invitando a todos a reunirse, a la carga, una vez más en la iglesia, queridos amigos, porque Dexter el de los Hoyuelos Mortíferos se va a casar. Ha subido al carro de la felicidad que conduce la encantadora Rita, quien toda la vida ha albergado la pasión de ver París.

Casado, luna de miel en París... ¿Pertenece estas palabras a la misma frase que se refiera, de alguna manera, a nuestro Desollador Fantasma?

¿De veras podemos imaginar a nuestro destripador de repente sobrio, con una sonrisa estúpida en la cara, en el altar de una iglesia de verdad, con esmoquin y pajarita cual Fred Astaire, deslizando el anillo en un dedo enguantado en blanco, mientras la congregación

lloriquea y sonrío? ¿Y después a Demoníaco Dexter con bermudas, embobado ante la Torre Eiffel, tomando *café au lait* en el Arc de Triomphe? ¿Cogido de la mano y paseando como un tontolava junto al Sena, contemplando con la mirada perdida todas las baratijas chillonas del Louvre?

Claro, supongo que podría peregrinar a la Rue Morgue, un lugar sagrado para los destripadores serios.

Pero hablemos un poco en serio un momento: ¿Dexter en París? Para empezar, ¿los norteamericanos pueden ir todavía a Francia? Y para terminar, ¿Dexter en París? ¿En luna de miel? ¿Cómo es posible que alguien tan persuasivo a medianoche como Dexter pueda pensar en algo tan vulgar? ¿Cómo es posible que alguien que considera el sexo algo tan interesante como un déficit en una contabilidad se plantee el matrimonio? En suma, por todo lo impío, oscuro y letal, ¿cómo puede Dexter querer hacer esto?

Preguntas maravillosas, y muy razonables. Y en verdad, algo difíciles de contestar, incluso para mí. Pero aquí estoy, soportando el suplicio chino del agua de las expectativas de Rita, mientras me pregunto cómo es posible que Dexter vaya a pasar por este aro.

Bien. Dexter puede pasar por este aro porque debe, en parte para mantener, e incluso mejorar, su necesario disfraz, el cual impide que el mundo en general le vea tal como es, que en el mejor de los casos no es algo que a uno le gustaría tener sentado al otro lado de la mesa cuando hay un apagón de luz..., sobre todo con cubertería de por medio. Y por lo tanto, hace falta un montón de cuidadoso trabajo para conseguir que nadie sepa que su Oscuro Pasajero es quien impulsa a Dexter, una voz sedosa en el tenebroso asiento de atrás, y que, de vez en cuando, pasa al asiento delantero para tomar el volante y conducirnos al Parque Temático de lo Impensable. No sería conveniente que las ovejas se dieran cuenta de que Dexter es un lobo disfrazado.

Ya lo creo que trabajamos, el Pasajero y yo, trabajamos de lo lindo para mejorar el disfraz. Durante los últimos años hemos sido Dexter el Novio, diseñado para presentar una imagen risueña y, sobre todo, normal al mundo. Esta encantadora producción está

protagonizada por Rita como la Novia, y en muchos sentidos resultó un acuerdo ideal, puesto que ella estaba tan poco interesada en el sexo como yo, aunque deseaba la compañía de un Caballero Comprensivo. Y Dexter es muy comprensivo. No en materia de humanos, romance, amor y todo ese galimatías. No. Lo que Dexter comprende es el sonriente y mortífero punto esencial, cómo descubrir, entre los numerosísimos candidatos de Miami, aquel que merece figurar de verdad en el modesto Salón de la Fama de Dexter.

Esto no garantiza en absoluto que Dexter sea un compañero encantador. El encanto exigió años de práctica, y es el producto artificial en estado puro de una gran pericia en el laboratorio. Pero, ay, la pobre Rita, maltratada por un violento e infortunado primer matrimonio, por lo visto es incapaz de diferenciar la margarina de la mantequilla.

Pues estupendo. Durante dos años, Dexter y Rita causaron sensación en la escena social de Miami, observados y admirados en todas partes. Pero después, debido a una serie de acontecimientos que dejarían a un observador informado algo escéptico, Dexter y Rita se comprometieron de manera accidental. Y cuanto más meditaba sobre cómo escapar de este ridículo destino, más me daba cuenta de que era el siguiente paso lógico en la evolución de mi disfraz. Un Dexter casado (¡un Dexter con dos hijos ya confeccionados!) significa alejarse de parecer, aunque sea lejanamente, lo que es en realidad. Un salto adelante cuantitativo a un nuevo nivel de camuflaje humano.

Además, están los dos niños.

Tal vez resulte extraño que alguien cuya única pasión consiste en la vivisección humana se lo pase bien con los hijos de Rita, pero es así. Me lo paso bien. Atención, no se me inundan los ojos de lágrimas cuando pienso en que se les ha caído un diente, puesto que eso exigiría la capacidad de sentir emociones, y me siento muy a gusto sin tal mutación. Pero en conjunto, considero que los niños son mucho más interesantes que los adultos, y me pongo muy irritable con aquellos que les hacen daño. De hecho, de vez en cuando voy en su busca. Y cuando cazo a esos depredadores, y cuando estoy muy seguro

de que han hecho lo que han estado haciendo, tomo las medidas pertinentes para que sean incapaces de volver a repetirlo, y con mucho gusto, sin problemas de conciencia.

Por eso, el hecho de que Rita tenga dos hijos de su desastroso primer matrimonio no me repelió en absoluto, sobre todo cuando tuve claro que necesitaban el toque paterno de Dexter para mantener a sus Oscuros Pasajeros sujetos con el cinturón de seguridad en el Oscuro Asiento Trasero de su coche, hasta que aprendieran a dirigirlos ellos por sí mismos. Porque, probablemente como resultado de los malos tratos psíquicos, e incluso físicos, que su padre biológico drogadicto infligió a Cody y a Astor, ellos también se habían entregado a su Lado Oscuro, como yo. Y ahora iban a ser mis hijos, tanto legal como espiritualmente. Casi era suficiente para convencerme de que, al fin y al cabo, también existía un propósito rector hacia la vida.

Por lo tanto, existían varios buenos motivos para que Dexter pasara por esto, pero... ¿París? No sé de dónde salió esta idea de que París es romántico. Aparte de los franceses, ¿ha pensado alguien, salvo Lawrence Welk,* que un acordeón es sexy? ¿Y no había quedado bastante claro ya que no les caemos bien? Y encima, insisten en hablar en francés.

Tal vez alguna película antigua había lavado el cerebro a Rita, algo con una rubia tonta y un romántico hombre moreno, con música modernista de fondo mientras se persiguen mutuamente alrededor de la Torre Eiffel y ríen de la pintoresca hostilidad del sucio hombre de la boina que fuma Gauloises. O quizás escuchó un disco de Jacques Brel una vez y decidió que hablaba a su alma. ¿Quién sabe? De algún modo, Rita tenía grabada a fuego en su cerebro la idea de que París era la capital del romance sofisticado, y la idea no podría extirparse sin una operación quirúrgica de envergadura.

De modo que, además de las interminables discusiones sobre pollo o pescado, vino o copas sueltas, empezaron a surgir una serie

* Músico, acordeonista, director de orquesta y empresario televisivo estadounidense. (*N. del T.*)

de monólogos monomaniacos incoherentes sobre París. Sin duda nos podríamos permitir una semana, lo cual nos daría tiempo para ver el Jardín de las Tullerías o el Louvre, y tal vez alguna obra de Molière en la Comédie Française. Tuve que aplaudir la magnitud de su investigación. Por mi parte, mi interés por la ciudad se había eclipsado hacía mucho tiempo, cuando descubrí que París estaba en Francia.

Por suerte para nosotros, la sutil entrada de Cody y Astor me salvó de la necesidad de encontrar una forma educada de explicarle todo esto. No irrumpen en las habitaciones disparando pistolas como la mayoría de niños de siete y diez años. Como ya he dicho, estaban algo perjudicados por su querido papá biológico, y una consecuencia es que nunca los ves entrar o salir: entran en la habitación por ósmosis. En un momento dado no se los ve por parte alguna, y al siguiente los tienes al lado y en silencio, a la espera de que repares en su presencia.

—Queremos jugar al escondite —anunció Astor. Era la portavoz de la pareja. Cody nunca juntaba más de cuatro palabras en un solo día. No era estúpido, ni mucho menos. Prefería no hablar casi nunca, así de sencillo. Me miró y asintió.

—Oh —dijo Rita, interrumpiendo sus reflexiones sobre el país de Rousseau, Candide y Jerry Lewis—, bien, pues, ¿por qué no...?

—Queremos jugar al escondite con Dexter —añadió Astor, y Cody asintió con mucha energía.

Rita frunció el ceño.

—Supongo que habríamos tenido que hablar de esto antes, pero ¿no creéis, Cody y Astor...? O sea, ¿no deberían empezar a llamarte, no sé, algo más que sólo Dexter? Me parece un poco...

—¿Qué te parece *mon papere*? —pregunté—. ¿O Monsieur le Comte?

—¿Qué te parece, no lo veo así? —murmuró Astor.

—Sólo creo... —empezó Rita.

—Dexter está bien —concedí—. Ya se han acostumbrado.

—No me parece respetuoso —dijo ella.

Miré a Astor.

—Demuestra a tu madre que eres capaz de decir «Dexter» con respeto —la insté.

La niña puso los ojos en blanco.

—Pu-liciiía —sentenció.

Sonreí a Rita.

—¿Lo ves? Tiene diez años. Es incapaz de decir nada con respeto.

—Bien, sí, pero... —replicó Rita.

—Está bien. Hacen bien —aventuré—. Pero París...

—Vamos afuera —dijo Cody, y le miré sorprendido. Cuatro sílabas enteras. Para él era prácticamente una oración.

—De acuerdo —aceptó Rita—. Si piensas de veras...

—Yo casi nunca pienso —manifesté—. Se entromete en los procesos mentales.

—Eso no tiene sentido —dijo Astor.

—No tiene por qué tener sentido. Es verdad —aseveré.

Cody meneó la cabeza.

—Escondite —dijo. Y en lugar de interrumpir su cháchara, me limité a seguirle al patio.

2

Por supuesto, incluso con los gloriosos planes de Rita en marcha, la vida no era sólo vino y rosas. También había trabajo de verdad que hacer. Y como Dexter es muy concienzudo, estaba en ello. Había pasado las dos últimas semanas dando las pinceladas finales a mi nuevo lienzo. El joven caballero que espoleaba mi inspiración había heredado una gran cantidad de dinero, y al parecer lo había estado utilizando para el tipo de espantosas escapadas homicidas que hacían que me dieran ganas de ser rico yo también. Se llamaba Alexander Macauley, aunque se hacía llamar «Zander», lo cual me parecía un poco pijo, pero tal vez ése era el motivo. Al fin y al cabo, era un hippy recalci-trante entregado a los fondos de inversiones, alguien que nunca había trabajado en serio en su vida, devoto de la alegre diversión que habría acelerado mi vacío corazón, si al menos Zander hubiera demostrado un mejor gusto a la hora de elegir a sus víctimas.

El dinero de la familia Macauley procedía de inmensas hordas de ganado, interminables limoneros, y vertidos de fosfatos en el lago Okeechobee. Zander visitaba con frecuencia las zonas pobres de la ciudad para distribuir su riqueza entre los sin techo de la ciudad. Y los escasos agraciados eran conducidos al rancho de la familia y recibían un empleo, según averigüé en un artículo lacrimógeno y fascinado del periódico.

Dexter siempre aplaude el espíritu caritativo, por supuesto. Pero en general, soy tan partidario de él porque casi siempre constituye una señal de advertencia de que algo inicuo, perverso e inquietante está sucediendo detrás de la máscara de la Madre Teresa. No es que haya dudado alguna vez de que en las profundidades del corazón humano anida un espíritu de fervorosa caridad, combinado con el amor al prójimo. Pues claro que sí. O sea, estoy seguro de que debe existir en algún sitio. Sólo que yo nunca lo he visto. Y como carezco de humanidad y de corazón, estoy obligado a basarme en la experiencia, la

cual me dice que la caridad bien entendida empieza por uno mismo, y casi siempre también acaba ahí.

De modo que cuando veo a un joven acaudalado, apuesto y de apariencia normal dilapidar sus recursos en los débiles y los oprimidos, me cuesta aceptar el altruismo así sin más, por hermosa que sea la presentación. Al fin y al cabo, soy un especialista en vender una imagen encantadora e inocente de mí, y ya sabemos lo precisa que es, ¿verdad?

Por suerte para mi persistente visión del mundo, Zander no era diferente: sólo mucho más rico. Y por culpa de su dinero heredado se había vuelto un poco chapucero. Porque en las meticulosas declaraciones de impuestos que descubrí, daba la impresión de que el rancho de la familia estaba desocupado y ocioso, lo cual significaba que, llevara adonde llevara a sus queridos amigos parias, no era a una vida feliz y saludable dedicada a las labores del campo.

Mejor aún para mis propósitos, fueran adonde fueran con su nuevo amigo Zander, lo hacían descalzos. Porque en una habitación especial de su encantadora casa de Coral Gables, custodiada por cerraduras muy astutas y costosas que tardé en abrir casi cinco minutos completos, Zander había guardado algunos recuerdos. Un monstruo no debe correr esos riesgos. Lo sé muy bien, porque yo también lo hago. Pero si algún día un esforzado investigador se topa con mi cajita de recuerdos, no encontrará más que unas placas de vidrio, cada una con una sola gota de sangre conservada encima, y ninguna forma de demostrar que cualquiera de ellas posea algún significado siniestro.

Zander no era tan listo. Había guardado un zapato de cada una de sus víctimas, y confiaba en demasiado dinero y una puerta cerrada para conservar a salvo sus secretos.

Pero bueno. No me extraña que los monstruos se hayan granjeado una reputación tan nefasta. Era demasiado ingenuo para expresarlo con palabras. ¿Con zapatos? En serio, ¿zapatos, algo tan profano? Intento ser tolerante y comprensivo con las debilidades ajenas, pero esto era demasiado. ¿Cuál podía ser la atracción de una zapatilla sudada, incrustada de barro y con veinte años de antigüedad? ¿Y encima, dejarlas al descubierto así? Era casi insultante.

En buena lógica, Zander debía pensar que, si algún día lo pillaban, podría contar con los mejores servicios jurídicos del mundo, y que seguramente sólo le caerían trabajos comunitarios. Un poco irónico, teniendo en cuenta que todo había empezado por ahí. Pero no había contado con que lo pillara Dexter en lugar de la policía. Y su juicio tendría lugar en el Tribunal de Tráfico del Oscuro Pasajero, en el cual no hay abogados (aunque confío en pillar pronto alguno), y el veredicto siempre es definitivo.

Pero ¿un zapato era realmente una prueba suficiente? No me cabía duda de la culpabilidad de Zander. Aunque el Oscuro Pasajero no hubiera estado cantando arias mientras yo contemplaba los zapatos, sabía muy bien lo que significaba la colección: abandonado a su suerte, Zander seguiría coleccionando zapatos. No me cabía ninguna duda de que era un mal hombre, y ansiaba sostener una conversación a la luz de la luna con él, a fin de ofrecerle agudos comentarios. Pero tenía que estar absolutamente seguro. Ése era el Código de Harry.

Siempre había seguido las reglas dictadas por Harry, mi padre adoptivo, de profesión policía, quien me enseñó a ser lo que soy con modestia y exactitud. Me había enseñado a dejar una escena del crimen limpia, como sólo puede hacerlo un policía, y me había enseñado a utilizar el mismo tipo de minuciosidad a la hora de elegir a mi pareja de baile. Si existía alguna duda, no podría invitar a Zander.

¿Y ahora? Ningún tribunal del mundo condenaría a Zander por algo más grave que fetichismo antihigiénico, basándose en su exhibición de calzado. Pero ningún tribunal del mundo contaba con el experto testimonio del Oscuro Pasajero, aquella voz interior suave y perentoria que exigía acción y nunca se equivocaba. Y con aquella voz sibilante resonando en mi oído interior era difícil conservar la calma y la imparcialidad. Deseaba tanto invitar a Zander a su Último Baile como deseaba seguir respirando.

Yo quería, de eso estaba seguro..., pero sabía lo que Harry diría. No era suficiente. Me enseñó que es importante ver cadáveres para estar seguro, y Zander había logrado esconderlos todos lo bastante bien para que me fuera imposible localizarlos. Y sin un cadáver, por más que quisiera tendría que aguantarme.

Volví a mis investigaciones para descubrir dónde podía ocultar una hilera breve de cadáveres en salmuera. Su casa estaba descartada. Había entrado y no había descubierto otra cosa que el museo de zapatos, y el Oscuro Pasajero es un especialista en husmear colecciones de cadáveres. Además, no había sitio en su casa. En Florida no hay sótanos, y era un barrio en que no podías cavar en el patio o cargar cadáveres sin ser observado. Una breve consulta con el Pasajero me convenció de que alguien que montaba sus recuerdos en placas de nogal se desharía de los restos con pulcritud.

El rancho era una posibilidad excelente, pero un rápido desplazamiento al lugar no reveló la menor huella. Estaba claro que llevaba abandonado algún tiempo. Hasta el camino de entrada estaba invadido de malas hierbas.

Indagué más: Zander tenía un apartamento en Maui, pero eso estaba muy lejos. Poseía algunas hectáreas en Carolina del Norte. Posible, pero la idea de conducir doce horas con un cadáver en el maletero se me antojaba improbable. Poseía acciones de una empresa que estaba intentando urbanizar Toro Key, una pequeña isla al sur de Cape Florida. Pero eso también estaba descartado. Podía entrar demasiada gente y husmear. En cualquier caso, recordaba que, cuando era más joven, había intentado desembarcar en Toro Key, y había guardias armados para mantener alejada a la gente. Tenían que estar en otro sitio.

Entre sus muchos bienes y posesiones, lo único que parecía lógico era el barco de Zander, un Cigarette de catorce metros. Sabía por mi experiencia con un monstruo anterior que un barco proporcionaba maravillosas oportunidades para deshacerse de restos. Basta con atar un peso al cuerpo, arrojarlo por la borda, y adiós muy buenas. Limpio, pulcro, inmaculado. Sin problemas, sin pruebas.

Para mí tampoco existía la posibilidad de lograr la prueba que necesitaba. Zander tenía amarrado el barco en el puerto deportivo más exclusivo de Coconut Grove, el Royal Bay Yacht Club. Su seguridad era muy buena, demasiado buena para que Dexter se colara con una ganzúa y una sonrisa. Era un puerto deportivo que prestaba todo tipo de servicios a los muy ricos, el tipo de lugar donde

limpiaban y sacaban brillo a tu bolina cuando llevabas el barco. Ni siquiera tenías que cargarlo de combustible. Llamabas antes y ya lo tenían todo preparado, hasta champán muy frío en la cabina. Guardias armados de sonrisa dichosa patrullaban la zona día y noche, se sacaban el sombrero ante la Calidad y disparaban a cualquiera que saltara la valla.

Era imposible subir al barco. Estaba tan seguro de ello como de que Zander lo utilizaba para deshacerse de los cadáveres, y también el Oscuro Pasajero, que cuenta todavía más. Pero no había forma de entrar.

Era irritante, incluso frustrante, imaginar a Zander con su último trofeo (probablemente empaquetado en un arcón congelador forrado de oro), llamando al capitán de puerto para ordenar que llenaran el depósito de combustible, y después paseando con parsimonia hasta el muelle, mientras dos seguratas malhumorados subían el arcón congelador a bordo del barco y se despedían de él con respeto. Pero yo no podía subir al barco ni demostrarlo. Sin esa prueba definitiva, el Código de Harry no me permitiría proceder.

Por seguro que estuviera, ¿qué me quedaba? Podía intentar sorprender a Zander in fraganti la próxima vez. Pero no había forma de saber con seguridad cuándo sería, y no podía vigilarle todo el tiempo. Tenía que aparecer en el trabajo de vez en cuando, y también en casa, y seguir fingiendo que llevaba una vida normal. Si la pauta no cambiaba, en algún momento de las próximas semanas Zander llamaría al capitán de puerto, ordenaría que prepararan su barco y...

Y el capitán de puerto, como era un empleado eficiente de un club de ricos, tomaría nota de todos los trabajos efectuados en el barco y cuándo: la cantidad de combustible, el tipo de champán, la cantidad de Windex utilizado para limpiar el parabrisas. Lo introduciría todo en un archivo llamado «Macauley» y lo guardaría en su ordenador.

Y de repente, volvíamos de nuevo al mundo de Dexter, mientras el Pasajero me urgía a utilizar el teclado.

Dexter es modesto, incluso humilde, y muy consciente de los límites de su considerable talento. Pero si existía un límite a lo que

podía descubrir mediante el ordenador, aún no lo había hallado. Me senté y me puse manos a la obra.

Me costó menos de media hora entrar en el ordenador del club y encontrar los registros. Todos los servicios estaban anotados. Los comparé con las reuniones de la junta directiva de la organización caritativa favorita de Zander, One World Mission of Divine Light, que estaba en la periferia de Liberty City. El 14 de febrero, la junta directiva tuvo el placer de anunciar que Wynton Allen sería trasladado desde el cubil de iniquidad que era Miami al rancho de Zander para ser rehabilitado mediante el trabajo honrado. Y el 15 de febrero, Zander había hecho una travesía en barco en la que había utilizado 35 galones de combustible.

El 11 de marzo, Tyrone Meeks había recibido una alegría similar. Y el 12 de marzo, Zander fue a pasear en el barco.

Siempre igual. Cada vez que un afortunado sin techo era elegido para una vida de bucólica alegría, Zander ordenaba que tuvieran preparado su barco para dentro de veinticuatro horas.

No había visto los cadáveres, pero el Código de Harry había sido creado para operar en las grietas del sistema, en las zonas oscuras de la justicia perfecta antes que de la ley perfecta. Yo estaba seguro, el Pasajero estaba seguro, y eso era prueba suficiente para complacerlos a todos.

Zander haría un tipo diferente de crucero nocturno, y ni todo su dinero conseguiría que flotara.